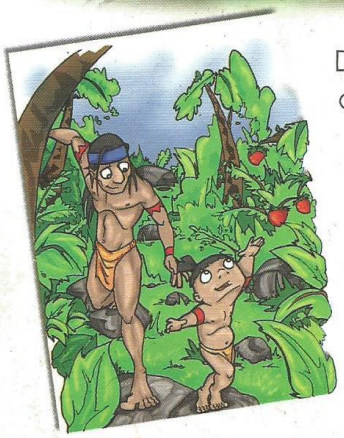
La leyenda del coquí



Desde El Yunque bajaban dos indios taínos. Uno era alto, de largos cabellos negros; y el otro, un niño de escasa altura, pues tenía que alzarse en la punta de sus piecitos para alcanzar las frutas del camino.

En las noches de luna llena, el pequeño indio solía escaparse de la compañía de la tribu, para internarse en el bosque. Su fervor por la luna era tal, que pasaba largas horas observándola, como si quisiera alcanzarla con sus ojazos negros.

—¡Tú sí que eres un guanín bien grande! Tan grande que nadie, ni el cacique más gigante, puede colgarte al cuello.

Así le hablaba el indiecito a la luna. Luego volvía a su casa y se quedaba profundamente dormido.

Una mañana le preguntó a su padre:

—¿Por qué no tratas de alcanzar ese guanín gigante que cuelga del cielo?

Su padre y sus hermanos se echaron a reír con la ocurrencia de Koki, que así llamaban al niño.

—Un día de éstos, por estar vagando solo por el bosque, en medio de la noche, la luna te va a llevar con ella —le decían.

El anciano más viejo de la tribu, que se llamaba Yocajú, siempre decía:

—Este niño Koki va a ser recordado por todas las generaciones. Si sigue correteando solo por los montes un día de éstos se va a perder.

Una noche, sin que nadie lo viera, Koki se levantó de su hamaca. Vio cómo la plateada luna entraba por una de las rendijas del bohío, iluminando su rostro. Su deseo de mirar a la luna muy de cerca fue tan y tan grande que subió al monte. Llegó hasta el río. Desde una piedra alta vio cómo la luna se reflejaba en el agua y se movía como una enorme bola. Koki comenzó a acercarse poco a poco para mirarla. Le parecía que la luna le sonreía desde el fondo del río.

—Me estoy bañando en el río —dijo Koki.

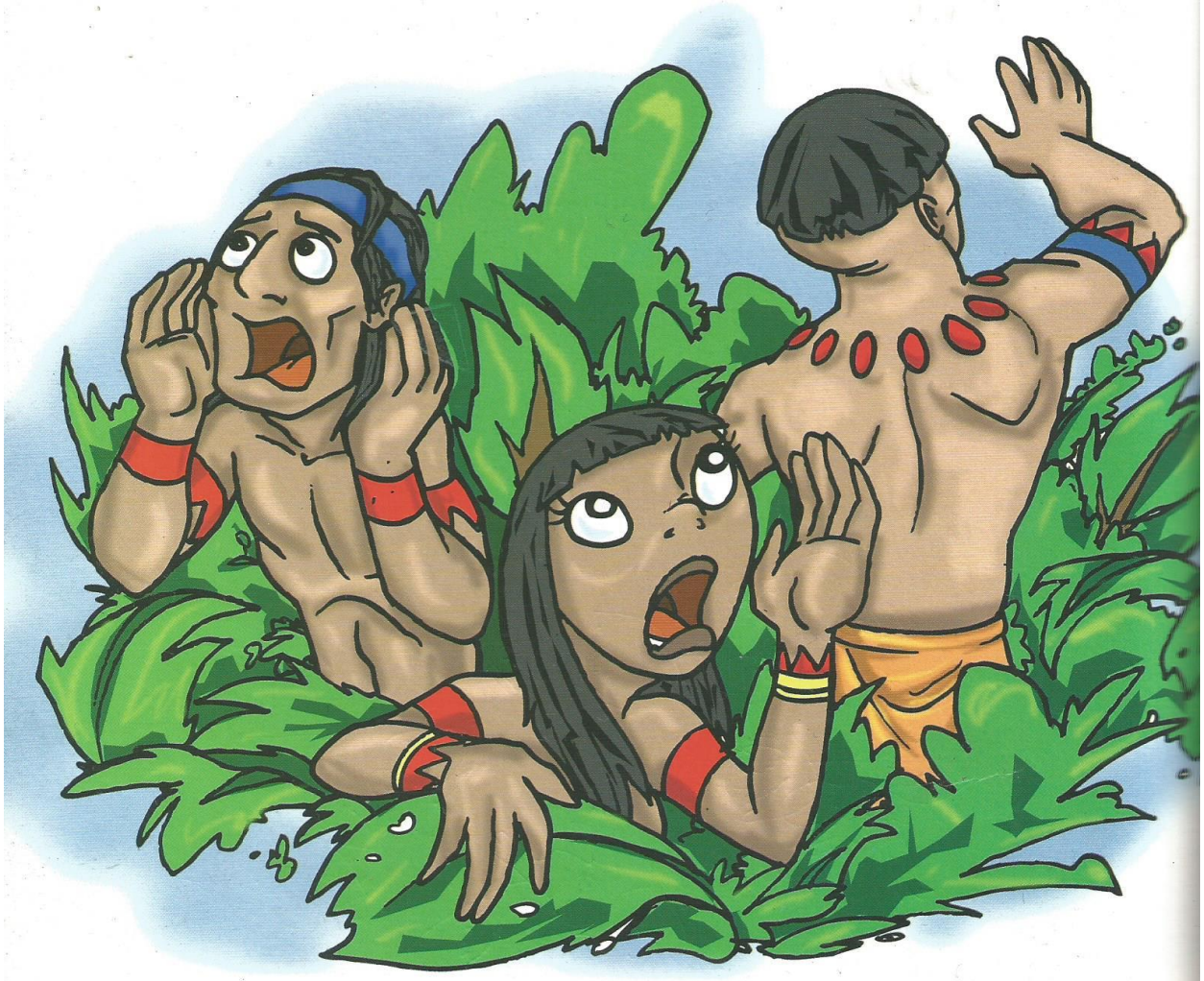
Extendió la mano para alcanzarla y, ¡zas!, cayó de cabeza en el agua. Poco a poco se fue hundiendo. Temeroso, Koki pensó en el dios bueno de los indios, Yukiyú.

—¡No me dejes morir, Yukiyú, no me dejes morir! ¡Sálvame! —gritaba desesperado.

De pronto, sintió que se volvía tan pequeñito que algo lo hizo caer en la orilla. La luna alumbró su lomo. Miró sus manos. Ya no eran manos. La luna, asombrada, se acercó con sus rayos a mirarlo y lo bañó con su luz plateada. Koki quiso hablar, pero no pudo. Sólo logró pronunciar su nombre como en un dulce canto:

—¡Coquí!, ¡coquí!, ¡coquí...!

La luna le sonreía. Y Koki fue saltando de hoja en hoja con la marca de luz de la luna en su lomo.



Al otro día lo buscaron por montes y llanuras. El cacique ofreció una recompensa al que encontrara a su pequeño hijo. Por el bosque todos gritaban: ¡Koki! ¿Dónde estás, Koki?

—¡Coquí, coquí, estoy aquí! —contestaba.

Pero jamás lo hallaron... Sólo el viejo anciano Yocajú, sonriendo, dijo:

—Koki no ha muerto. Por el contrario, vivirá para siempre como emblema de esta tierra. Y pasarán muchos años, y gente nueva y extraña llegará a estos lugares y él seguirá como un sello taíno de recuerdo.

Por eso en las noches de luna llena, en nuestros campos, en nuestros jardines se escucha la canción letánica de nuestro coquí, que aún nos dice:

—¡Coquí, coquí, estoy aquí!

Y siempre que puede, se para en las hojas de yautías que hay en las orillas del río a contemplar embelesado a su amiga la luna.